

bastante completa, con datos bien escogidos y resumidos. Se advierte un abundante recurso a las fuentes, y se adorna con algunas fotografías menos conocidas. Puede tener la ventaja de un acceso rápido y directo al personaje y proporcionar una visión de conjunto. Se lee con bastante agrado, a pesar de que el inicio es un poco confuso en el orden de la narración. Se acompaña de comentarios a las principales obras y de una útil cronología.

Juan Luis Lorda

Tomás MELENDO, *Dignidad humana y bioética*, EUNSA, Pamplona 1999, 186 pp., 17 x 24, ISBN 84-313-1716-7.

La dignidad humana es un tema irrenunciable en la fundamentación de la ética, y más si ésta se refiere específicamente a la conducta que afecta a las personas como objeto, tal como sucede en la bioética. Sin embargo, el tópico de la dignidad recibe muy diversas interpretaciones, algunas de ellas opuestas e inconciliables con una visión cristiana, o incluso medianamente realista, de la vida.

La obra del prof. Melendo, ordinario de Metafísica en la Universidad de Málaga, viene a clarificar los conceptos fundamentales que encierra este término tan tergiversado en su significado. Para ello, divide su obra en tres capítulos: el primero se dedica a un estudio fenomenológico del significado que atribuimos en el lenguaje ordinario a expresiones como dignidad, y a otras palabras íntimamente relacionadas, como decoro, decencia, excelencia, autonomía, majestad, etc. La conclusión a que llega de esta aproximación a la dignidad humana, que ha sido la fundamental en toda filosofía sensata, es

que existe un trasfondo en la persona, inalcanzable por los sentidos, pero experimentable, y hasta tal punto que genera la noción de respeto, fundamental en Medicina. Esta noción no se refiere solamente a la prohibición moral de lesionar a los demás, sino a la obligación positiva de fomentar su desarrollo como personas. De hecho, la sociedad contemporánea acude con una gran frecuencia, inusitada en otras épocas, al concepto de respeto (quizá vestido del ropaje de derechos humanos inalienables), para subrayar la obligación moral de unas personas con respecto a otras.

El segundo capítulo se dedica a analizar este peculiar fenómeno contemporáneo, que hunde sus raíces en la filosofía ilustrada, con su hincapié en el desarrollo técnico para el dominio de la naturaleza al servicio del hombre. La civilización contemporánea, al intentar reducir la naturaleza a materia dominable, reduce a su vez al hombre a materia moldeable con la técnica. Aunque se recurre a la defensa de esgrimir los derechos humanos, ésta resulta de todo punto insuficiente si la corriente dominante, tecnológica por naturaleza, es ciega a los aspectos no empíricos de la realidad observable y, por tanto, a los valores, y al respeto a lo que no es empíricamente verificable: la persona que, por la causa que sea, se encuentra en situación de debilidad, incapacidad y sin poder mostrar toda la potencialidad que su humanidad guarda en su interior. En este capítulo, el autor profundiza en unos conceptos elaborados previamente por C. S. Lewis en *La abolición del hombre* y otras obras, en las que deja patente cómo el olvido de la ley natural (que depende de la incapacidad cientifista de «ver» lo no empírico), conduce al dominio del hombre por el hombre, en último término por razones caprichosas,

que tienen como punto común su peculiar ceguera para la realidad completa.

Para remediar esta ceguera, el tercer capítulo se dedica a examinar en profundidad lo que significa o implica ser persona. Y esto supone introducirse en cuestiones de metafísica. Aunque pueda resultar sorprendente a primera vista, esta incursión es absolutamente necesaria, pues el principal problema, para el reconocimiento práctico de la dignidad humana, parte del reduccionismo cientifista (por desgracia demasiado extendido), que ni siquiera llega a comprender lo que considera abstrusidades inútiles. El autor se extiende sobre la libertad, raíz de la dignidad en cuanto que apertura al bien, y la capacidad de amar, fondo permanente de la persona, independiente de las limitaciones físicas, que permite descubrir el absoluto que es cada hombre.

El paseo que, con lenguaje claro y progresivo, damos de la mano del prof. Melendo por el tema de la dignidad humana como realidad siempre respetable, resulta esclarecedor del significado auténtico de un concepto tergiversado muchas veces, y permite sentar las bases de una adecuada ética biomédica.

Antonio Pardo

Hélène MICHON, *L'Ordre du cœur. Philosophie, théologie et mystique dans les «Pensées» de Pascal*, Honoré Champion, Paris 1996, 381 pp., 16,5 x 24, ISBN 2-85203-494-8.

El proyeco apologético de Pascal apunta a todo hombre. Si prefriere dirigirse al corazón antes que a la inteligencia, es porque tocar el corazón permite convencer a todo hombre, mientras que convencer la mente es necesariamente aceptar la posibilidad de convencer tan

sólo a un número reducido de seres humanos. He aquí la novedad y la modernidad de las *Pensées*, que van dirigidas tanto al hombre sin Dios como al hombre con Dios, tanto al libertino como al cristiano tibio.

Toda la argumentación de Pascal se desarrolla en función de este proyecto. Parte de «tres órdenes de cosas: la carne, el espíritu, la voluntad», para poder presentar tres órdenes de discurso: un discurso filosófico que se dirige a la inteligencia, un discurso teológico que va dirigido a la inteligencia iluminada por la fe, y un discurso místico que se dirige al corazón.

La originalidad de la apologética pascaliana estriba en no distinguir netamente estos tres órdenes del discurso para no diferenciar a sus lectores. Michon hace notar que «es en ese negarse a separar los tres órdenes del discurso que toma todo su significado el dispositivo de los tres órdenes: éste se nos presenta como el último intento de distinguir sin separar, de unificar sin confundir, asumiendo y superando un orden de realidades por un orden inmediatamente superior: no puede construirse la mística al margen de la filosofía y de la teología; se elabora partiendo de ellas».

Pascal da poco crédito a la filosofía porque espera poco de la naturaleza desprovista de la gracia, aunque reconoce su papel en ayudar a identificar los puntos de escollo que resisten al pensamiento humano. En cambio, se dedica a demostrar que la teología es una ciencia, e incluso «omnisciencia», modelo de todo el saber, forma del saber total. Acercándose a Santo Tomás de Aquino, Pascal opina que el discurso teológico, tanto en su conjunto como en sus principios, emana de la misma boca de Dios: la teología no es por tanto una ciencia humano-divina, un discurso humano acerca